

Schulz, Juan Sebastián

La transformación del Partido Justicialista, 1983-1995: Desindicalización, institucionalización, clientelismo y política territorial

VIII Jornadas de Sociología de la UNLP

3 al 5 de diciembre de 2014

Cita sugerida:

Schulz, J. (2014). *La transformación del Partido Justicialista, 1983-1995: Desindicalización, institucionalización, clientelismo y política territorial. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 3 al 5 de diciembre de 2014, Ensenada, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en:*
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4456/ev.4456.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

La transformación del Partido Justicialista, 1983-1995. Desindicalización, institucionalización, clientelismo y política territorial

Autor: Juan Sebastián Schulz.

Pertenencia institucional: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP

Dirección de correo electrónico: jsschulz@gmail.com

“El peronismo no es un partido político: es un movimiento nacional, donde todos somos modestos servidores y nadie se cree más de lo que es ni menos de lo que debe ser, un movimiento en el cual somos todos para uno y uno para todos”.

Juan Domingo Perón

(Concentración popular en Paraná. 23-3-1950).

Introducción.

El problema que abordaremos en el presente trabajo refiere a las mutaciones y transformaciones atravesadas por el Partido Justicialista, principalmente a partir del retorno de la democracia en 1983. Nos centraremos especialmente en los efectos que la dictadura cívico-militar tuvo sobre la sociedad argentina, y cómo estas transformaciones repercutieron en los espacios de representación y participación política de masas.

Sostendremos, a modo de hipótesis de trabajo, que la dictadura cívico-militar, a través de la eliminación física y la persecución política de los cuadros políticos, sindicales, estudiantiles, etc., sentó las bases para la *neoliberalización* (Gutierrez; 1998) de los partidos políticos en general, y del Partido Justicialista en particular. Este proceso fue acompañado de la emergencia de los *medios masivos de comunicación* como instrumentos de formación pública y política, que desplazó a la militancia como herramienta de transmisión de ideas, y a las Unidades Básicas como espacios de socialización partidaria y debate político, y profundizó el proceso de crisis de los partidos políticos.

El tema resulta de particular interés no solo por la novedosa transición de un partido eminentemente carismático que logra sobrevivir al carisma de su fundador¹, sino que, además, resulta interesante ya que la historia de los avatares y las transformaciones del Partido Justicialista es, en gran medida, la historia del sistema político argentino reciente.

¹ Como señala Ana María Mustapic (2002), son pocos los partidos políticos carismáticos que han logrado enfrentar exitosamente el desafío de consolidar una organización una vez desaparecido el líder.

Cambios en la conducción partidaria. La lucha entre “ortodoxos” y “renovadores”.

El domingo 30 de octubre de 1983, más de quince millones de argentinos volvieron a participar de una elección presidencial en nuestro país. Esta fecha marcó, entre otras cosas, el reinicio de la actividad democrática en la Argentina, culminando con el proceso dictatorial más sangriento de nuestra historia reciente. Tras siete años de dictadura cívico-militar, los partidos políticos reiniciaban sus actividades, profundamente afectados por las consecuencias de una dictadura que atravesó de lleno a los espacios de participación y representación política.

El Partido Justicialista no fue la excepción. El retorno de la democracia produjo que grandes sectores de la ciudadanía se volcaran a los partidos políticos como espacios de canalización de las demandas e iniciativas políticas, registrándose casi 3 millones de nuevas afiliaciones, de las cuales la mitad correspondían al PJ, que se convertía, con sus cuatro millones de afiliados, en el partido político más grande de occidente (MUSTAPIC, A.; 2002). A pesar de las consecuencias de la dictadura, los sindicatos seguían ocupando un lugar protagónico en la estructura interna del Partido, principalmente debido a que controlaban la mayor parte de sus recursos financieros. Asimismo, la vigencia de la llamada “regla del tercio”, que sostenía la división tripartita de los cargos partidarios entre la rama sindical, la rama femenina y el sector político, le garantizaba a las organizaciones sindicales, representadas por las “62 Organizaciones Peronistas”² un peso importante en la estructura partidaria.

En el primer Congreso Nacional Justicialista, realizado en marzo de 1983, se resolvió mantener las mismas autoridades que encabezaban el Partido en los momentos previos al golpe: María Estela Martínez de Perón continuaría siendo la Presidenta del Consejo Nacional y la vicepresidencia primera quedaría a cargo del dirigente chaqueño Deolindo Bittel³. Con esta disposición partidaria, el Partido Justicialista encaró las elecciones presidenciales del 30 de octubre de 1983. Los resultados, si bien eran previstos por muchos analistas y encuestadoras, marcaron un profundo golpe en los mandos medios y superiores del PJ. Raul Alfonsín, candidato de la Unión Cívica Radical, derrotó por más de 10 puntos a la fórmula justicialista integrada por Ítalo Luder y Felipe Bittel. El resultado inauguró una nueva etapa para la historia política de nuestro país: luego de 40 años de existencia, el peronismo era derrotado en las urnas.

² Las “62 Organizaciones Peronistas” nacieron en el Congreso normalizador de la CGT de 1957, como un espacio articulador de los sindicatos peronistas que resistían a la dictadura de Aramburu. Originalmente, se congregaron para elegir las autoridades que reemplazarían al interventor de la CGT, pero luego fue ganando protagonismo al consolidarse como la herramienta política del sindicalismo peronista.

³ Isabel Perón se encontraba exiliada en España. Por eso, su decisión de abstenerse de participar de la vida política en nuestro país hacía que el Vicepresidente primero sea el verdadero Presidente del Partido.

Aunque las figuras nacionales del Partido Justicialista terminaron tremendamente desgastadas, el hecho de que el PJ había resultado victorioso en 12 gobernaciones⁴, les dio a los gobernadores provinciales un peso territorial para poder avanzar sobre las estructuras del Partido. A partir de este hecho, entre 1983 y 1988 se dio una intensa batalla al interior del PJ por obtener el control de los espacios internos del Partido, que les permitieran ir ganando correlaciones de fuerza dentro del mismo para luego disputar los cargos nacionales. Así, comenzaron a manifestarse los conflictos internos que durante la campaña se habían mantenido latentes, inaugurando un nuevo período de disputas internas sin precedentes en el seno del partido, en donde grupos internos comenzaron a disputar la conducción del mismo y reclamaron transformaciones en su estructura ideológica y organizativa.

Los principales apuntados fueron los llamados “*mariscales de la derrota*”. Esta conceptualización englobaba a las autoridades partidarias surgidas del Congreso Nacional de 1983, a los dirigentes sindicales de las “62 Organizaciones Peronistas” (con Lorenzo Miguel a la cabeza) y los dirigentes políticos denominados “ortodoxos”, comandados por Herminio Iglesias. El triunfo de la Unión Cívica Radical había puesto de manifiesto las transformaciones que había sufrido la sociedad argentina en los últimos años, en donde la erosión del peso político de los sindicatos era paralela a su desprestigio en la opinión pública, y esto había sido aprovechado por Alfonsín, quien a la par de criticar a la “corporación militar”, denunció la complicidad de los sectores gremiales en lo que llamó “pacto sindical militar” (GIMENEZ, S.; 2007).

Esta confrontación entre la dirigencia sindical y los políticos “profesionales”, que había sido característica desde los inicios del peronismo⁵, se renovó una vez vuelta la democracia con nuevas características, ya que si bien los sectores sindicales habían sido protagonistas en los años de proscripción del peronismo (debido en gran medida al control del único recurso financiero del partido, como lo eran las cajas de las organizaciones sindicales), el acceso al aparato del Estado les permitió a los sectores “políticos” disponer de recursos financieros propios para disputar la hegemonía al interior del movimiento.

A partir de 1984, un grupo heterogéneo de dirigentes pertenecientes a distintos sectores del peronismo, se unieron para dar nacimiento a lo que llamaron la “Renovación Peronista”. Los Renovadores expresaban un conjunto heterogéneo de dirigentes políticos de distintas

⁴ El PJ ganó las gobernaciones de La Rioja (56,5), Santa Cruz (55,7%), Tucumán (51,9%), Salta (50,6%), Santiago del Estero (48,8%), Chaco (47,3%), Jujuy (46,7%), Formosa (42,8%), Santa Fe (41,4%), La Pampa (40,7%), San Luis (40,4%) y Catamarca (39,7%).

⁵ Entre otras cuestiones, el propio Perón dividió organizativamente al Movimiento Nacional Justicialista en tres ramas: la sindical, la política y, a partir de 1952, la rama femenina. Esta división, principalmente entre los dos primeros sectores, no resultó exenta de tensiones, ya que ambos sectores reclamaban protagonismo en la vida interna del Partido.

provincias del país, entre los que se encontraban Antonio Cafiero (provincia de Buenos Aires), Carlos Grosso (Capital Federal), Carlos Menem (La Rioja), José Manuel De la Sota (Córdoba), Jose Luis Manzano (Mendoza) y Jorge Busti (Entre Ríos), además de contar con el apoyo activo de los dirigentes sindicales del “Grupo de los 25”⁶, enfrentados desde hacía varios años con las 62 Organizaciones Peronistas. Los dirigentes de la Renovación buscaban, por lo menos explícitamente, devolver al Partido su capacidad electoral, apelando a nuevos votantes de “clase media”. Además, tomaron como bandera la necesidad de “democratizar la vida interna del partido”, incorporando nuevos mecanismos de selección política de los candidatos que jerarquicen las preferencias de los afiliados y, para esto, buscaron limitar el rol que venían teniendo los sindicatos, desplazando a la dirigencia sindical de los espacios de conducción del Partido.

Luego de varios Congresos donde se fueron reconfigurando las estructuras internas del Partido, el PJ tenía que afrontar nuevamente en 1985 una elección legislativa. Si bien los resultados marcaron una consolidación de la UCR, el radicalismo mermó en su caudal electoral. En este contexto, los Renovadores salieron fortalecidos de las elecciones. En Catamarca, Vicente Saadi (dirigente ortodoxo, que desde julio de 1985 ocupaba el cargo de Vicepresidente primero del Partido y, debido a la ausencia de Isabel Perón, presidente en los hechos), fue derrotado por más de 6 puntos. Sin embargo, el resultado más importante para la Renovación se dio en la provincia de Buenos Aires, bastión histórico del PJ y base de sustentación del peronismo ortodoxo: uno de sus principales dirigentes Herminio Iglesias, fue rotundamente derrotado y solo alcanzó el 9,5% de los votos, frente al 26,3% del FREJUDEPA (que llevó de candidato al dirigente renovador Antonio Cafiero) y al 41% de la UCR. Por otra parte, diferentes caudillos renovadores lograron afianzar su poder en las provincias, como Carlos Menem (quien obtuvo un 52% en La Rioja) y Carlos Grosso (que logró mantener sus bancas en la Capital Federal).

El 21 de diciembre de 1985, a pocos días de la asunción de los nuevos diputados nacionales, se daba a conocer el Documento Fundacional de la Renovación Peronista. En el documento, escrito por Cafiero, afirmaban la *“conciencia de la Renovación como capacidad para entender las nuevas demandas del país”* y resaltaban que la ausencia de Perón marcaba nuevos desafíos en esta etapa histórica: *“la transición hacia formas organizativas e*

⁶ La “Comisión de los 25” fue conformada a fines de 1977 por los sindicatos de cerveceros, camioneros, taxistas, obreros navales, mineros, entre otros. Incluyó entre sus reivindicaciones la liberación de dirigentes y delegados presos, la restauración de la legislación laboral y sindical, al tiempo que luchaba contra la política económica de la dictadura y por el regreso de la democracia. Convocó el primer paro general contra la dictadura, el 27 de abril de 1979. Fuente: Wischniewsky, Sergio. Resistencia obrera a la dictadura militar, en Revista Forjando. Versión online: <http://www.bancoprovincia.com.ar/Jauretche/revista-forjando/9>.

institucionales nuevas”. En el Documento, introducían además sus nociones sobre el momento histórico que atravesaba el peronismo y las nuevas prácticas institucionales que creían convenientes adoptar para el futuro: “*El pueblo peronista ya se expidió. Quiere un Movimiento y un Partido renovado y fuerte. [...] Ser esclavos de la voluntad popular, no torciendo en componendas oscuras lo que los compañeros expresan a la hora de la decisión*”⁷.

En 1986, en el Congreso Nacional del PJ de San Miguel de Tucumán, los renovadores comenzaron a materializar las nuevas correlaciones de fuerza en la estructura institucional del Partido, incorporando el mecanismo de distrito único en la Carta Orgánica del PJ, avanzando sobre el sistema de voto directo de los afiliados para todos los cargos del Partido, poniendo en cuestión el sistema de tercios para los cargos directivos y reconociendo al Grupo de los 25 (liderado por el dirigente del gremio de taxistas Roberto García) como una rama sindical más del partido.

Aunque los ortodoxos lograron mantener la vicepresidencia en manos de Saadi, los renovadores lograron avanzar en elementos clave para materializar transformaciones en el partido que les permitieran ganar espacios de poder. Por otro lado, el Congreso mostró las primeras fracturas al interior de los renovadores, ya que el cafierismo de la provincia de Buenos Aires abandonó el Congreso Nacional, mientras que los delegados de La Rioja (liderados por Carlos Menem), Santa Fe y sectores no cafieristas de Buenos Aires permanecieron en el mismo y se alzaron como los grandes vencedores.

El 6 de septiembre de 1987 volvieron a realizarse elecciones legislativas a nivel nacional. Con los sectores renovadores ganando un peso creciente en el interior del Partido, el PJ logró el triunfo en 17 gobernaciones⁸, recuperando cuatro provincias que el radicalismo había ganado en 1983 (Misiones, Entre Ríos, Mendoza y Buenos Aires) y consolidando su control del Senado y de la Cámara de Diputados, donde obtuvo el 41,48% de los votos contra el 37,32% que logró la UCR. Al día siguiente de la elección, la Capital Federal y el conurbano

⁷ Documento Fundacional de la Renovación Peronista. Escrito por Antonio Cafiero en 1985. Disponible en: http://archivohistorico.educ.ar/sites/default/files/IX_06.pdf

⁸ El PJ resultó ganador en La Rioja (62,4%), Catamarca (54,1%), La Pampa (53,2%), Formosa (52,9%), San Luis (52,1%), Salta (51,2%), Santiago del Estero (50,8%), Chaco (50,3%), Santa Cruz (49,3%), Entre Ríos (48,9%), Chubut (47,7%), Misiones (47,4%), Mendoza (46,6%), Buenos Aires (46,4%), Santa Fe (44,1%), Jujuy (43,8%), San Juan (se votaron solo Diputados Nacionales, donde el Frente Justicialista ganó con el 43,5%) y Tierra del Fuego (se votaron solo Legisladores territoriales, donde el Frente Justicialista ganó con el 42,2%). La UCR solo consiguió retener la gobernación de Río Negro y Córdoba y legisladores en Capital Federal. Fuente: Ministerio del Interior. Secretaría de Asuntos Institucionales. Disponible en: http://www.mininterior.gov.ar/asuntos_politicos_y_eleccionales/dine/infogral/RESULTADOS%20HISTORICOS/1987.pdf

bonaerense amanecieron empapelados por llamativos carteles que rezaban “Ahora Unidos. Ahora Menem. Menem Presidente”.

Con tamaña victoria, los renovadores presionaron para llamar a un Congreso Nacional de renovación de autoridades, que cristalizara los resultados electorales del 6 de septiembre y que prepare el camino para las elecciones presidenciales de 1989. En diciembre de 1987, las autoridades nacionales del PJ se reunieron en Mar del Plata, en un Congreso copado por dirigentes de las filas renovadoras. En este Congreso, se conformó una lista de unidad que encabezaría el PJ, encabezada por Antonio Cafiero como presidente y Carlos Menem como Vicepresidente. Las vicepresidencias 1° y 2°, ocupadas por José María Vernet⁹ y Roberto García respectivamente, suponía la confirmación del peso que la renovación daba al Grupo de los 25, otorgándole un cargo casi idéntico que al asignado al representante de las 62 Organizaciones Peronista. La Secretaría General y la Secretaría Política estaban ocupadas por otros dos representantes de la Renovación como lo eran Grosso y De la Sota. Además, se reformó nuevamente la Carta Orgánica del PJ, incluyendo un artículo que reglamentaba la participación sindical en el Consejo, se eliminó la regla del “tercio” y se estableció que solo 17 de los 110 miembros corresponderían al movimiento obrero, sin especificar cuál sería el método de elección de los mismos. A partir de este momento, se dio la novedosa situación en la cual la conducción partidaria no era controlada, por primera vez en su historia, por el líder carismático ni por el sector sindical, sino por una coalición de dirigentes políticos. La eliminación del “tercio” dejó al PJ sin ningún dispositivo institucional explícito de participación sindical, lo cual allanó el camino para la posterior desindicalización del Partido, y a las 62 Organizaciones Peronistas sin mecanismos formales o informales de participación partidaria, lo cual sería utilizado por Carlos Menem años después en su búsqueda de alianzas con miras a su postulación presidencial.

Con los representantes de las 62 Organizaciones Peronistas y los dirigentes políticos “ortodoxos” derrotados, ahora los renovadores debían resolver a lo interno cual sería la fórmula presidencial que llevaría el PJ en las elecciones presidenciales de 1989. Las diferencias se centraban básicamente en las dos líneas internas que existían en los renovadores, y que se materializaron en las fórmulas que fueron a internas para dirimir la candidatura presidencial. Por un lado, Carlos Menem junto con Eduardo Duhalde y, por el otro, Antonio Cafiero junto con Juan Manuel de la Sota. La estrategia de Menem radicó en buscar los apoyos de aquellos sectores desplazados por el cafierismo, en particular de las “62” y del “Grupo de los 15” (liderado por el dirigente gastronómico Luis Barrionuevo), que le

⁹ Ex Gobernador de la provincia de Santa Fe y aliado de las 62 Organizaciones Peronistas.

permitieran contar con una estructura nacional para disputar contra Cafiero. Los recursos financieros y organizativos de los sindicatos “ortodoxos” fueron fundamentales para hacer frente al control de la mayor parte del aparato partidario ejercido por Cafiero. De esta manera, Menem desarrollo una campaña expresamente “movimentista”, y llegó a sostener que las 62 Organizaciones Peronistas eran la “columna vertebral del movimiento justicialista” (LEVITSKY, S.; 2005).

Como se había acordado en el Congreso Nacional del PJ de Tucumán, la fórmula presidencial se elegiría mediante el voto directo de los afiliados; el 9 de Julio de 1988, Menem se alzó con el triunfo en las internas, consiguiendo el 53,4% de los votos, frente al 45,8% obtenido por Cafiero. Menem se convertía en el primer candidato presidencial del PJ surgido de una elección interna.

El domingo 14 de mayo de 1989, agobiado por la crisis económica, la falta de apoyo de las corporaciones y una hiperinflación que generaba el descontento mayoritario de los sectores populares y de la clase media, la UCR afrontó las elecciones presidenciales llevando a Eduardo Angeloz como candidato a presidente. El triunfo de Carlos Menem por más de 15 puntos de ventaja sobre la UCR¹⁰, obteniendo casi 8 millones de votos, marcó el definitivo y contundente triunfo de la renovación en general, y del menemismo en particular, en su lucha por la conquista del PJ. Como señala Levitsky, uno de los componentes centrales en el triunfo electoral de 1989 fue decisivo el aumento de votos en las clases medias, ya que si “*en 1983 la UCR había derrotado al PJ en una proporción de dos a uno entre los empleados y casi de tres a uno entre los estudiantes, en 1989 el PJ obtuvo la mitad de los votos de los primeros y casi la mitad de los de los segundos*” (LEVITSKY, S.; 2005, p. 165).

Desindicalización, institucionalización y neoliberalización del PJ.

Entre 1982 y 1995, el peronismo en general y el Partido Justicialista en particular atravesó un proceso de transformación sin precedentes que algunos autores han denominado “*cambio organizativo*” (GUTIERREZ, R.; 2008). Según estos autores, este proceso se caracterizó por cumplir dos requisitos fundamentales: por un lado, la transformación en el mapa de poder organizativo de la coalición dominante y, por el otro, la redefinición de la línea política del partido.

Siguiendo a Sebastián Gimenez (2007), resulta imposible separar los procesos de transformación al interior del justicialismo de los cambios que la dictadura cívico-militar trajo

¹⁰ Frente Justicialista Popular (Carlos Menem-Eduardo Duhalde): 47,5%; Unión Cívica Radical (Eduardo Angeloz-Juan Manuel Casella): 32,4%; Alianza de Centro-UCeDé (Álvaro Alzogaray-Alberto Natale): 6,9%.
Fuente: http://www.mininterior.gov.ar/asuntos_politicos_y_aletorales/dine/infogral/RESULTADOS%20HISTORICOS/1989.pdf

aparejados en la estructura societal argentina. La desestructuración del modelo nacional-popular y la desaparición del Perón con líder carismático del partido, operaron sin duda como marco en el cual tuvieron lugar las transformaciones internas del partido. Distintos autores han abordado este proceso de transformación del PJ analizando tres elementos: la desindicalización del PJ y la construcción de nuevos vínculos con los sectores populares, la mutación ideológica y doctrinaria, llamada “neoliberalización” del Partido, y el rol de la nueva burocracia partidaria.

Los renovadores, en su búsqueda de “modernizar” los mecanismos de toma de decisiones en el Partido, apuntaron contra los sectores sindicales que desde los momentos previos al golpe de Estado ocupaban los puestos de dirección del Partido, y fueron desplazándolos paulatinamente en un proceso que fue catalogado por varios autores como “desindicalización” del justicialismo. Este proceso estuvo apoyado en la débil institucionalización de los vínculos partido-sindicatos, ya que si bien existía un consenso tácito acerca de la participación de las organizaciones sindicales en la estructura del partido, estos mecanismos informales (que tenían más que ver con la correlación de fuerzas construida por los gremios) nunca fueron formalizados en los estatutos ni contaron con la aceptación general de todos los sectores del peronismo. Sobre esta falta de institucionalización se apoyaron los renovadores para avanzar sobre las organizaciones sindicales y excluirlas de la conducción nacional del Partido. Por otro lado, otro mecanismo fue buscar la fragmentación político-organizativa del movimiento obrero organizado, fomentando y aprovechando las divisiones internas, avalando y reconociendo la creación de nuevos agrupamientos por fuera de las “62”, y negociando por separado con cada uno de ellos. Esta desintegración política de los sindicatos, produjo que cada sector comience a tener una estrategia propia, generando cada vez más debilidad en las organizaciones sindicales

La desindicalización vino a acompañar varios procesos que fueron centrales para la transformación del justicialismo. En primer lugar, la masiva pérdida de votantes de “clase media” que el peronismo experimentó en las elecciones de 1983; los sectores que posteriormente conformarían la renovación atribuyeron los magros resultados obtenidos a la extrema ortodoxia de los sectores políticos tradicionales y de los sectores sindicales, que produjo un desencanto en el electorado de clase media, que se volcó masivamente hacia la candidatura de Raul Alfonsín; en segundo lugar, eran los poderosos sindicatos los que, a partir de su peso en la estructura interna del partido y sus lugares en el poder legislativo y ejecutivo introducían y defendían las políticas de inclusión social de los sectores populares, el llamado modelo nacional-popular, que habían caracterizado al peronismo a partir de 1945. La

desarticulación de este modelo de inclusión incluyó un plan de exterminio físico de los militantes sociales, de exclusión económica de los sectores populares y de exclusión y disciplinamiento político de las organizaciones políticas y gremiales. Excluir a los sindicatos de estos lugares de conducción partidaria resultaba fundamental para la nueva burocracia partidaria, en su objetivo de virar ideológicamente al partido hacia posiciones más cercanas a la “economía de mercado” y al programa neoliberal¹¹.

En tercer lugar, la dictadura cívico militar primero, y la década menemista después, aplicaron radicales medidas neoliberales que provocaron un proceso de desindustrialización y desarticulación social que trajo aparejado un aumento exponencial del desempleo y marginación social que impactó directamente en la clase trabajadora, base de sustentación del poder (político y económico) de los otrora poderosos sindicatos. Al no expresar ni contener a la clase trabajadora mayoritaria en condiciones de desocupación, la nueva burocracia del Partido Justicialista buscó construir nuevas formas de relacionarse con los sectores populares por fuera de las organizaciones gremiales; a partir de esto, gobernadores e intendentes justicialistas comenzaron a implementar prácticas clientelares, patrones informales de organización política en el cual los recursos del Estado son la principal moneda de intercambio político.

El clientelismo se constituyó entonces como la principal estrategia para captar los votos de los sectores populares, para construir bases propias de seguidores y para reafirmar el peso político de intendentes y gobernadores. A medida que los dirigentes partidarios asumían cargos en los gobiernos provinciales y municipales, reemplazan los recursos sindicales por recursos provenientes del Estado y, a partir de ellos, construían redes de organizaciones clientelares que les permitían tener un dominio territorial mucho más leal que aquel tenían bajo la mediación de las organizaciones gremiales.

La construcción territorial de redes clientelares consolidó el método de la “elección directa” de los afiliados a los cargos del Partido. De esta manera, los dirigentes partidarios municipales y provinciales construían redes de “punteros” territoriales que brindaban acceso a puestos de trabajo, servicios barriales y artículos básicos como comida y medicamentos a personas que habían quedado al margen de la economía formal y, de esta manera, construían la legitimidad para obtener los votos suficientes en las instancias electorales internas y nacionales.

La desindicalización vino a acompañar el proceso de transformación en el perfil ideológico y doctrinario de Partido, que algunos autores han llamado “neoliberalización del peronismo”

¹¹ Para ver un análisis detallado de evolución de la participación de las organizaciones sindicales en los órganos de conducción partidaria y en la Cámara de Diputados, ver GUTIERREZ, Ricardo (1998); “Desindicalización y cambio organizativo del peronismo argentino, 1982-1995”; en: XXI International Congress of the Latin American Studies Association (Vol. 24), Chicago.

(Gutierrez; 1998). Siguiendo a Sebastián Gimenez (2007), podemos afirmar que, históricamente, la sólida identidad peronista fue la que permitió sobrellevar la débil institucionalización del movimiento justicialista, manteniendo unificados a sectores sociales heterogéneos entre sí. Esta identidad estaba fundada, en primer lugar, en un reconocimiento a la clase trabajadora en general, y a las organizaciones sindicales (el movimiento obrero organizado) en particular, como la principal fuerza social de la nación, la *“columna vertebral del movimiento”*. En segundo lugar, la identidad peronista se basaba en considerar al Estado como un agente promotor y regulador de las relaciones económicas, con una política económica industrialista y mercado internista. Como señala Gimenez, *“el viraje programático hacia el neoliberalismo y la alianza con los sectores que en la ideología peronista eran reconocidos como “enemigos” realizados por Menem en los 90’, redefinieron de una manera drástica lo que debía entenderse por “peronismo”, en tanto las políticas de gobierno y el discurso del nuevo “líder” iban a contracorriente de la experiencia histórica del movimiento”* (GIMENEZ, S.; 2007, p. 19). Este proceso, que tuvo sus raíces en la derrota de 1983, era sostenido por las filas “modernizadoras” del Partido en la necesidad de convocar a nuevos electorados de clase media, base electoral del radicalismo. Para convocarlos, el PJ debía *“abstenerse de hacer hincapié en los símbolos y la retórica tradicionales del partido, hacer un mejor uso de los medios técnicos de la comunicación de masas y abandonar su imagen autoritaria y conservadora en lo social a favor de una plataforma más progresista”* (Levitsky, S.; 2005). Para eso, reemplazó la militancia y a los cuadros medios por nuevas técnicas proselitistas para atraer votantes, como encuestas de opinión, contratación de expertos en *marketing político* y novedosos mecanismos de construcción de opinión pública y política a través de los medios masivos de comunicación.

Esta reformulación de la doctrina peronista fue la que permitió superar los antagonismos que habían caracterizado al peronismo clásico, y generar un acercamiento con sectores del establishment económico que se sintieron contenidos en el programa menemista. Estos apoyos fueron necesarios para el sostenimiento del PJ en el poder. El nuevo programa menemista se sustentaba en la liberalización de los mercados, el achicamiento y privatización del Estado, la desregulación y precarización laboral, entre otros. Esto provocó el deterioro de las condiciones laborales y de vida de los trabajadores, lo que desfavoreció a los sindicatos, los cuales (muchos de ellos) manifestaron sus críticas abiertas o solapadas al plan económico neoliberal.

Un tercer elemento que nos interesa abordar es el rol de las nuevas burocracias partidarias en la transformación del Partido Justicialista. Históricamente, el movimiento justicialista se

caracterizó por poseer reglas institucionales difusas, escasamente formalizadas lo que le permitía, por un lado, contener a sectores sociales e ideológicos muy diversos y, por el otro, le permitía a Perón ser el árbitro entre esos sectores en los momentos de conflictividad interna. En términos de Weber, el movimiento peronista tenía características más de un partido carismático que de un partido burocrático. Como señala Sebastián Gimenez, *“la identificación del partido con el líder hace que la organización se caracterice por la ausencia de reglas y de patrones de carrera política, al tiempo que carece de una clara división del trabajo. [...] Por lo tanto, los partidos carismáticos tienden a ser muy inestables”* (GIMENEZ, S.; 2007, p. 19). Una vez vuelta la democracia, con la conformación de un sistema de partidos, los dirigentes políticos de la renovación intentaron terminar con esta situación (que era la que, en gran medida, sustentaba el poder de los sindicatos en la estructura del partido) y confirmar una burocracia central fuerte que tuviera la responsabilidad de conducir el partido. Estos mismos dirigentes se abocaron a *disputar* la conducción nacional del Partido, promoviendo la necesidad de institucionalizar reglas claras de funcionamiento interno, acordar mecanismos preestablecidos de selección de candidatos y eliminar los vestigios movimentistas que aún quedaban del justicialismo que había nacido en 1945.

Los dirigentes de la renovación, luego de la muerte de Perón, interpretaron que el Partido Justicialista debía saldar dos discusiones para poder estructurarse como un partido “moderno”. En primer lugar, había que buscar una nueva fuente de legitimidad para la toma de las decisiones. Como señalamos más arriba, la pérdida de peso de las organizaciones sindicales y la multiplicación de las redes clientelares posicionaron a la “masa de afiliados” como la única fuente de legitimidad no sujeta a disputas. La segunda discusión se refería a la necesidad de encontrar nuevos mecanismos de interpretación de las reglas; en este punto, se impuso la regla de mayoría, como dispositivo que permitía interpretar, modificar o, si fuese necesario, desconocer aquellos puntos de la Carta Orgánica del partido que no estuvieran claras o que generaran discusiones. Las victorias electorales que el PJ obtuvo en 1987 y 1989 consolidaron el poder de los dirigentes renovadores y legitimaron los nuevos mecanismos introducidos por estos mismos sectores al interior del partido.

Aunque podemos sostener que la intención de los dirigentes de la renovación era la conformación de un partido político “moderno”, institucionalizado o “social-demócrata”, resulta extraño que en el mediano plazo, estos mecanismos institucionales fueron dejándose cada vez más de lado. Como señala Giménez, luego de 1989, *“las elecciones internas para elegir candidatos presidenciales no se volvieron a repetir en los años sucesivos; por su parte, en los años de su gestión al frente de la Presidencia de la Nación (1989-1999), Menem se*

valió del fuerte peso que el líder tiene en la tradición peronista para cultivar un estilo de conducción fuertemente personalista que excluyó a los actores partidarios de la toma de decisiones” (GIMENEZ, S.; 2007, p. 17). Además, los Congresos Nacionales del Partido, los cuales habían sido un fuerte espacio de disputa interna, de discusión ideológico-doctrinaria y de construcción de poder entre 1983 y 1987, fueron vaciados de contenido y de funciones. En este sentido, podemos considerar que, de igual manera, la “institucionalización” del Partido Justicialista no fue solo un objetivo en sí mismo, sino que tenía que ver también con expulsar de la estructura del Partido a los oponentes principales, los dirigentes políticos ortodoxos y las poderosas organizaciones sindicales, es decir, aquellos sectores que habían logrado mantener la dirección nacional del PJ luego del retorno a la democracia, y que habían sido los encargados de llevar adelante las elecciones presidenciales de 1983.

Consolidación del liderazgo menemista y creación del Partido mediático

Al momento de asumir, la coalición menemista debió afrontar la escases de apoyos partidarios, la creciente fragmentación interna del Partido, y la presión de los grupos económicos y capitales financieros que pugnaban por implantar un plan económico de corte neoliberal en la Argentina, retomando los lineamientos implementados por la dictadura cívico-militar. Como señala Alfredo Pucciarelli, “*dentro del PJ había estallado una virtual sublevación impulsada simultáneamente por el ubaldinismo y los fragmentos aún activos de la fracción Renovadora. Los gremios estatales se preparaban para librar su primera gran batalla contra el plan de ajuste y la reforma del Estado. El bloque de diputados se había fragmentado, con una aparente mayoría dispuesta a votar contra las propuestas de privatización. El ministro Roberto Dromi, su principal estratega, jaqueado en la Cámara de Diputados, corría el riesgo de ser censurado en una inminente interpelación*” (PUCCIARELLI, A.; 2011, p. 37). Además, las organizaciones sindicales, encabezadas por gremios estatales con el apoyo de la CGT Azopardo, comenzaron a realizar manifestaciones en las calles contra la política de privatizaciones indiscriminadas del gobierno, reuniendo a más de cincuenta mil personas. Estos enfrentamientos produjeron una exponencial caída en la imagen pública del presidente Menem, y fueron instalando un clima de tensión y temor en la ciudadanía a una nueva hiperinflación, estallidos sociales y caos institucional. El principal asesor presidencial, Álvaro Alsogaray, comenzaba a manifestar gestos de disconformidad ante los escasos apoyos que recibía Menem desde su propio partido y desde los principales grupos de poder, y el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Antonio Cafiero, se

postulaba nuevamente como el principal adversario al menemismo, afirmando que había que *"volver a las fuentes para no confundir peronismo con neoliberalismo"*.

Entre principios de 1990 y mediados de 1991, la caída de la Unión Soviética y la implementación del Consenso de Washington vinieron a consolidar las políticas neoliberales a nivel global, y le permitieron a Menem contar con el apoyo internacional para llevar adelante su programa económico. El 1 de marzo de 1991, Menem designó como Ministro de Economía a Domingo Felipe Cavallo, un tecnócrata formado en la Universidad de Harvard, que ya había sido Presidente del Banco Central de la República Argentina, en 1982, durante el final de la dictadura cívico militar. Debido al visible crecimiento del malestar social que amenazaba la gobernabilidad menemista, desde el oficialismo comenzaron a planificar distintos mecanismos para neutralizar la oposición política interna del partido, terminar de quitarle el poder a los sindicatos de trabajadores que podrían llegar a oponerse al plan neoliberal, restablecer el orden social y recuperar el apoyo masivo que un año atrás había recibido en las urnas.

En este contexto, distintos dirigentes menemistas anunciaron la realización de una multitudinaria movilización a Plaza de Mayo para el 6 de abril de 1990, que proponía, centralmente, dejar atrás viejas confrontaciones y antagonismos, para dar paso a la unidad que permitiera a los argentinos salir adelante de las crisis que venía atravesando desde hacía años anteriores. Paralelamente, se pretendía realizar una rotunda demostración de fuerza que mostrara la adhesión popular a las reformas emprendidas por Menem, y ensayar una nueva forma de convocatoria, expresión y movilización de la sociedad que trascendiera los Partidos Políticos: los medios masivos de formación de opinión pública y política. La convocatoria se llamó *"la Plaza del Sí"* y, como consigna, se enarboló *"La gente convoca a la gente"*. Como señala Pucciarelli, *"la convocatoria durante el período de preparación fueron generadas [...] y concebidas por un nuevo protagonista: el operador político del menemismo neoliberal inserto en los grandes medios de comunicación de masas"* (PUCCIARELLI, A.; 2011, p. 40). Dos días antes de la movilización, el diario Clarín publicó una solicitada firmada por *"Los que queremos el cambio"*, que afirmaba que *"(...) en los últimos tiempos, sólo pudimos escuchar a los que se oponen, los que protestan, los que están contra el cambio, los que dicen NO. Ellos se movilizan, gritan, se hacen escuchar, expresan su queja... Pero ¿nosotros que hacemos? ¿Qué hacemos los que apoyamos, los que tenemos propuestas, los que queremos el cambio? Los que decimos SÍ... vamos el viernes 6 de abril a Plaza de Mayo sin carteles ni identificaciones partidarias o sectoriales. Sólo con banderas argentinas"* (Clarín, 04/04/90).

Los principales operadores políticos fueron los llamados “periodistas independientes” que, más allá de sus apoyos más o menos explícitos a Menem, defendían las políticas neoliberales, intentaban farandulizar la política y pretendían expresar la voz de “la gente común”. Se presentaban como defensores de “los intereses generales de la Nación”, deslegitimando aquellos intereses que consideraban corporativos y sectoriales. Entre los principales artífices de esta nueva concepción política, se encontraban Bernardo Neustadt, Julio Ramos (director del diario de negocios *Ámbito Financiero*), Constancio Vigil (accionista de Canal 11 y propietario de Editorial Atlántida) y Gerardo Sofovich (conductor televisivo que poco después sería designado interventor de la ex ATC, Canal 7). De los asistentes a la “Plaza del Sí”, un 35% manifestaron responder a la convocatoria del programa de televisión “Tiempo Nuevo” (conducido por Neustadt) y casi la mitad se consideró convocada por “la televisión en general”. Contrariamente, solo un 5% se movilizó orgánicamente respondiendo al llamamiento del Partido Justicialista (PUCCIARELLI, A.; 2011, p. 40).

El proceso de consolidación de los medios masivos de comunicación como formación vino a profundizar la transformación del Partido Justicialista. A los procesos de desindicalización, formación de redes clientelares, burocratización y neoliberalización, siguió un proceso de mediatización, donde la función militante del “Partido” empezó a ser cumplida por los operadores políticos devenidos en “periodistas independientes” y no por la militancia de partido; donde la base del partido ya no eran los trabajadores organizados en poderosos sindicatos, ni los afiliados enrolados en Unidades Básicas, sino la audiencia receptora del mensaje de los medios masivos de comunicación, que algunos autores han caracterizado como “democracia de audiencia” o “democracia de lo público”. Siguiendo a Ines Pousadella, podemos afirmar que este nuevo tipo de lazo de representación hace posible que *“los candidatos se den a conocer sin depender de la mediación de la militancia partidaria, [provoca] la desvalorización de los programas partidarios, la elección a partir de imágenes y de apelaciones vagas que se prestan a interpretaciones diversas, la presencia de una opinión pública que se constituye a través de canales que son relativamente neutros con relación a la escisión entre partidos y que es sede de procesos deliberativos que anteriormente se localizaban en el interior de los partidos”* (POUSADELLA, I.; 2004, p. 118).

Este nuevo formato de partido “profesional-electoral” se central en las “personalidades”, de carisma mediático o representantes de saberes técnicos considerados de valor, que generan, a partir de su carisma, un lazo de confianza con la ciudadanía devenida en audiencia. A partir de esta transformación, los dirigentes políticos formados en las Unidades Básicas irán siendo reemplazados por ex deportistas, cantantes o personalidades del espectáculo, que son

transformados en candidatos mediáticos que se venden a través de los medios de comunicación. Estos partidos se parecen más a lo que Weber llamaba “*partidos de marketing político*”, que si bien para esta etapa histórica recién comenzaría a conformarse, sería la estructura que posteriormente diera lugar a personalidades que tuvieron nulo recorrido de construcción política, pero que cimentaron sus candidaturas a través de los medios masivos de comunicación, como Daniel Scioli (ex corredor de lancha), Moria Casan (vedette), Miguel del Sel (humorista), Carlos Mac Allister (futbolista), Nacha Guevara (actriz), entre muchos otros. A partir de esto, se torna evidente que las grandes decisiones político-estratégicas ya no serán tomadas por estos nuevos dirigentes políticos en las estructuras de sus partidos, sino que serán concebidas y planificadas desde los centros financieros de poder mundial y desde los organismos multilaterales de crédito.

A partir del éxito de la “Plaza del Sí”, comenzó a producirse una recuperación de la imagen presidencial, que posibilitó reposicionar al menemismo en particular y al proyecto neoliberal en general en el esquema de poder gubernamental, y profundizar el proceso de implementación de las políticas económicas que habían surgido del Consenso de Washington. En este contexto, los sectores más afines al menemismo, encabezados por la agrupación “Rojo Punzó” (liderada por Luis Barrionuevo) presionaron para convocar a una “Cumbre de la Dirigencia Peronista” en marzo de 1991, para ratificar el apoyo irrestricto de la dirigencia de todo el país al programa neoliberal adoptado por Menem. Esta cumbre significó una rotunda ratificación del liderazgo menemista, donde más de cinco mil funcionarios y dirigentes políticos de todo el país consensuaron, discutieron y acordaron la transformación de la identidad peronista, dejando de lado su programa nacional, popular, industrialista y estatal por un programa privatizador y excluyente. Con este espaldarazo, el 27 de marzo se sancionó en el Congreso de la Nación la Ley 23.928 de Convertibilidad del Austral, impulsada por Domingo Cavallo, que establecía a partir del 1 de abril de 1991 una relación cambiaria fija entre la moneda nacional y la estadounidense, a razón de 1 dólar estadounidense por cada peso argentino. El Plan de Convertibilidad tenía como principal objetivo manifiesto el control de la inflación y la estabilidad económica, por lo que suscitó en un primer momento un importante apoyo de la población.

En este marco, se desarrollaron en septiembre las elecciones legislativas, donde los candidatos presentados por el menemismo, defendiendo abiertamente el plan de Convertibilidad, las privatizaciones, el ajuste fiscal y la reforma del Estado obtuvieron un triunfo rotundo en casi todo el país. Los intentos de una construcción de legitimidad basados en la anti-política, operada a través de los medios de comunicación, obtenía finalmente los resultados esperados.

El Partido Justicialista era acompañado en las urnas por una variedad nunca vista en la historia de actores sociales, que iban desde sectores populares articulados a través de redes clientelares hasta las clases dominantes representantes del establishment económico. Como señala Pucciarelli, *“entre ambos se destaca, igualmente, el voto masivo, en los grandes conglomerados urbanos, de diversos sectores de la clase media tradicionalmente antiperonista, políticamente independiente, [que] se habían vuelto sensibles y receptivos a las nuevas formas de apelación elaboradas por los ideólogos, periodistas, locutores, comentaristas y operadores diversos de los grandes medios de comunicación, responsables de la producción y reproducción permanente del espectáculo político audiovisual”* (PUCCIARELLI; 2011, p. 64)

Consideraciones finales

En menos de una década, el Partido Justicialista dejó de ser un partido carismático, de fuerte base sindical, con una estructura ideológica basada en el movimentismo, en el rol preponderante del movimiento obrero organizado, el intervencionismo estatal y el desarrollo industrial, para convertirse en un Partido clientelar, desindicalizado, institucionalizado y mediatizado. Todos estos procesos no hubiesen podido llevarse adelante sin las trágicas consecuencias que la dictadura cívico-militar tuvo sobre la estructura societal argentina, en término de la eliminación física de los cuadros militantes y del disciplinamiento de los sindicatos como actores de poder. Pero tampoco se puede explicar sin tener en cuenta las transformaciones económicas suscitadas en el período posdictatorial, que significaron la desarticulación del entramado industrial y la aparición de millones de trabajadores desocupados y de sectores sociales marginales, que fueron articulados ya no a través de los sindicatos sino de redes clientelares. Finalmente, tampoco puede explicarse sin tener en cuenta la aparición de una nueva herramienta de construcción de poder, los medios masivos de formación de opinión pública y política, que se convirtieron en los núcleos articuladores a través de los cuales se transmitía la doctrina ideológica neoliberal, se instalaban candidatos mediáticos, y se convocaba, cuando era necesario, a la población a movilizarse.

El presente trabajo, por sus fines, solo llega hasta los primeros años de la década del 1990. En este sentido, podemos afirmar que es entre 1983 y 1995 que comienza y se consolida este nuevo grupo de dirigentes políticos que sentarán las bases para la transformación del Partido Justicialista. Sin embargo, el proceso de mutación, desindicalización, vaciamiento y crisis del

PJ se prolongará en los años sucesivos, hasta llegar al punto de no presentar candidatos propios en las elecciones presidenciales de 2003¹².

Estas transformaciones, sin embargo, no fueron solo características del PJ, sino que atravesaron todo el sistema de partidos en la Argentina y en Latinoamérica, en donde los grandes partidos de masas tradicionales atravesaron una crisis de representación que impactaron directamente sobre sus bases tradicionales. Tales serán los casos de partidos muchas veces centenarios y que habían sido protagonistas en la conducción de los gobiernos en el último siglo, como el Partido Colorado y el Partido Liberal en Paraguay, el Partido Colorado y el Partido Nacional en Uruguay, la Acción Democrática y el COPEI en Venezuela, entre muchos otros. Sin embargo, resulta interesante el estudio en particular del caso del Partido Justicialista, ya que a pesar del proceso de transformación, éste no perdió su caudal electoral y fue un actor importante en los posteriores triunfos de Carlos Menem (1995), Nestor Kirchner (2003) y Cristina Fernandez de Kirchner (2007 y 2011).

Bibliografía

GIMENEZ, Sebastián (2007); El cajón de Herminio finalmente fue para el Partido Justicialista, tesis presentada para la obtención del grado de Licenciatura en Sociología. Disponible en Memoria Académica:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.587/te.587.pdf>

(2009); “Entre la democracia, el liberalismo, el clientelismo y el populismo: dilemas del peronismo en la Argentina ‘democrática’”. En: Cuestiones de Sociología (5-6), 99-122. Disponible en:

http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4053/pr.4053.pdf

GUTIERREZ, Ricardo (1998); “Desindicalización y cambio organizativo del peronismo argentino, 1982-1995”; en: *XXI Internacional Congress of the Latin American Studies Association* (Vol. 24), Chicago.

LEVITSKY, Steven (2005); La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999, Siglo XXI, Buenos Aires.

¹² Debido a la imposibilidad de consensuar un candidato unificado que represente al PJ, se permitió a los Partidos Políticos utilizar “sublemas”, suspendiendo las elecciones internas y permitiendo a todos los precandidatos el uso de los símbolos partidarios comunes para presentarse a la elección general. Los distintos candidatos del PJ se presentaron en 3 alianzas distintas: Alianza Frente por la Lealtad (Carlos Menem-Juan Carlos Romero, obtuvieron el 24,4%), Alianza Frente para la Victoria (Nestor Kirchner-Daniel Scioli, obtuvieron el 22,2%) y Frente Movimiento Popular Unión y Libertad (Adolfo Rodríguez Saa-Melchor Posse, obtuvieron el 14,1%).

- MARTUCCELLI, Danilo y SVAMPA, Maristella (1997); *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Losada, Buenos Aires.
- MUSTAPIC, Ana María (2002); “Del Partido Peronista al Partido Justicialista. Las transformaciones de un partido carismático”; en: CAVAROZZI, Marcelo y ABAL MEDINA, Juan Manuel (comps.). *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Rosario, Homo-Sapiens, p. 137-162.
- PARTIDO JUSTICIALISTA (1975); Carta orgánica nacional. Partido.
- POUSADELLA, Ines (2004); “Los partidos políticos han muerto. ¡Larga vida a los partidos!; en: CEHERESKY, Isidoro y BLANQUER, Jean-Michel (comps.). *¿Qué cambió en la política argentina? Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada*, Homo Sapiens Ediciones, Buenos Aires.
- PUCCIARELLI, Alfredo (2011); “Menemismo. La construcción política del peronismo neoliberal”; en: Pucciarelli, Alfredo (coord.). *Los años de Menem. La construcción del orden neoliberal*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- RODRIGUEZ, Darío (2006); “Liderazgos y partidos ‘políticos’: la fractura del justicialismo y la reconfiguración del escenario político en la Provincia de Buenos Aires”, en: CHERESKY, Isidoro (comp.); *La política después de los partidos*, Promteo Libros, Buenos Aires.
- SIDICARO, Ricardo(2005); *Los tres peronismos*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- WEBER, Max (1992); *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.